



TORQUATO TASSO.

Parece destino de la mayor parte de los poetas épicos verse perseguidos, miserables y desterrados, y condenados en fin por sus propias pasiones ó por las de los hombres entre quienes viven, á todas las borrascas de una existencia desgraciada. No se escapó el Tasso á esta dura prueba que alcanzó á Milton y á Camoens. Hijo de un poeta, *Bernardo Tasso*, nació el 11 de marzo de 1544 en Sorrento, pequeña ciudad de Italia, cuya posición es deliciosa. Su infancia fue extraordinariamente precoz, pues uno de sus biógrafos refiere que aun no contaba un año, cuando se soltó su lengua y empezó á hablar sin balbucear como los demas niños, cosa tanto mas notable, cuanto fue en toda su vida lento en producirse, y esto con cierto tartamudeo. Desde su niñez fue sério y grave, y jamas se le vió ni reír, ni sonreírse, ni llorar. Sus primeros estudios fueron todos literarios, pues arrastrado del ejemplo de su padre, no se ocupaba mas que en composiciones poéticas y en leer continuamente al Dante, al Petrarca y á Bocacio. Sobresaltado Bernardo al notar la vocacion poética de su hijo, tan poco favorable á su suerte futura, le obligó á que renunciase á sus estudios favoritos, y á que siguiese en Padua las escuelas de jurisprudencia. En efecto Torcuato empezó á los diez y seis años el estudio del derecho bajo la dirección del célebre Panciroli, y á los diez y siete tenia ya compuesto... un poema épico. Este fue el *Rinaldo*, poema heroico en doce cantos, publicado en Venecia en 1562 á pesar de su padre, y que obtuvo un aplauso entusiasta en toda Italia. En la misma época fue cuando concibió la idea de su *Jerusalén*, del que compuso parte en Bolonia teniendo diez y nueve años, y de este bosquejo se han conservado tres cantos. En 1565 le llamó á Ferrara el Cardenal Luis

de Este que le había nombrado uno de sus gentilhombres, á tiempo que se celebraba el matrimonio de la archiduquesa de Austria con el duque Alfonso II. Las fiestas que dió por casi un mes aquella corte magnífica y galante hirieron vivamente la imaginacion del poeta, alimentada con la lectura de libros caballerescos; y que miraba realizadas en aquellas justas y torneos las escenas románticas mas brillantes.

Concluidas las fiestas fue admitido el Tasso en la familia ducal y presentado á las dos hermanas del duque y del cardenal, Lucrecia y Leonor de Este. Su madre Renata de Francia les habia dado la mas esmerada educacion, inspirándoles desde la niñez el gusto de las letras, la poesia y la música. Ambas eran amables y hermosas, pero ninguna de las dos estaban en el verdor de la juventud. Lucrecia tenia treinta y un años, y Leonor treinta. Conformé componia el Tasso sus cantos se los leía á las princesas. Se ocupaba tambien en sostener en la academia « Thesis de amor », cuando la imprevista muerte de su padre interrumpió aquellos juegos del ingenio, que estaban entonces muy en voga en Italia. Poco despues salió para Francia en la comitiva del cardenal Luis de Este. Desde su primera visita al rey de Francia Carlos IX se apresuró el cardenal á presentar al Tasso, diciendo:—« Aquí tiene S. M. al cantor de Godofredo y de tantos héroes franceses como se distinguieron en la conquista de Jerusalem. »—Carlos IX recibió al Tasso del modo mas honorífico, y concedió á su súplica el perdon á un poeta, culpable de una accion vergonzosa. Habiendo sido calumniado para con el cardenal, sufrió el Tasso disgustos, y le dejó para volver á Italia, y obtuvo en 1572 un honorífico empleo en la corte de

Ferrara, al lado de Alfonso. En los ratos desocupados que le proporcionó un viaje del duque á Roma, fue cuando compuso el drama pastoral de *Aminta* que se ha hecho modelo en su género, y es una de las obras maestras de la literatura italiana. El *Pastor Fido*, de Guarini es una imitación que cuando se publicó en Venecia el año de 1581 logró una aceptación de toda Europa. Ocho años después de la presentación del *Aminta* acompañó el poeta al duque de Ferrara en un viaje que hizo para ir á presentarse á Enrique III, y concluyó su poema de la *Jerusalén libertada* á su vuelta en 1575. Desde este momento empezaron las desgracias del Tasso. Concluida su obra parece que perdió con la inspiración la tranquilidad de espíritu, y se pasó el resto de sus envidiosos y todas las contrariedades de la vida.

La inquietud, los celos y una profunda tristeza se apoderaron de su alma, y por aquel tiempo le acaeció una aventura que acredita su valor. Habiendo descubierto la traición de uno que se le vendió por amigo y había abusado de su confianza, le encontró el Tasso en el patio de palacio y quiso explicarse con él; pero el falso amigo, en vez de excusarse, le respondió con altanería, y aun luego á decirle que mentía; el poeta le contestó con una bofetada. El amigo tan cobarde como insolente, se retiró sin decir palabra; pero pocos días después hallándose con sus dos hermanos vió pasar al Tasso por la plaza pública, y se arrojaron los tres á él, corriendo á herirle por la espalda. El Tasso poseía el manejo de armas y la valentía de un caballero: se vuelve, saca la espada, y pone en precipitada fuga á sus tres asesinos.

(Se concluirá.)

ROBERTO EL DIAULO.

Las habitantes del campo en Flandes tienen su literatura así como sus tradiciones, y leen y vuelven á leer cien veces unos mismos libros como sucede entre nosotros. Estos libros son los que meditan, comentan y refieren: libros que después del duro trabajo diario de la labranza acercan á la luz vacilante del velón de hierro, ó á la alegre llama del tronco del hogar: libros que desarrugan sus frentes y hacen que se asome la risa á sus labios; y cuando leen en alta voz las maravillosas relaciones que contienen, las jóvenes se engañan hasta olvidarse de dar vueltas al huso y dejar inmóvil la rueda que es su inseparable compañera. ¡Tal es el atractivo de sus portentosas narraciones!

Sin duda no es un gusto muy delicado el de aquellas buenas gentes; pero no deben despreciarse por eso aquellos volúmenes en que encuentran sus delicias, que carecen de nombre de autor y fecha de su impresión, y que se han ido transmitiendo de unas en otras familias, tal vez de cuatrocientos á quinientos años á esta parte, para engañar las largas veladas de aquel nebuloso país. Venza, pues, el lector el disgusto de ver una encuadernación estropeada y casi deshecha, el olor de humo que conservan, y el color amarillento de sus páginas, y puede apostarse que con sola una media columna que se resuelva á leer, no soltará ya el tomo sin concluirle.

He aquí por de pronto los títulos y materias:—«*La historia de Huon de Burdeos*, par de Francia, duque de Guyena, que contiene sus hechos y proezas, en dos libros tan gustosos y entretenidos, cuales nunca se han leído.» Siguen después las «*Conquistas del gran Carlo*

magno, rey de Francia, con los hechos históricos de los doce pares de Francia y del gran Fierabrás.»—«*Las proezas de los cuatro valerosos caballeros, hijos de Aymer*.»—«*La historia de los nobles bazañas y valentías de Galvano—estaurido*, hijo del noble marqués Olivero y de la hermosa Jaqueлина, hija del rey Hugon, emperador de Constantinopla.»—«*La historia de Pedro de Provenza y de la bella Magadora*.»—«*La vida del famoso Gargantua*, el mayor gigante que ha habido sobre la tierra.»—«*La historia de la bella Elena de Constantinopla*, madre de San Martín de Tours en Turena y de San Bricio, su hermano.»—«*La vida alegre y divertida de Thiel el astuto*, sus hechos, y fortunas que corrió sin dejarse jamás engañar por ningún mago.»—«*La terrible y maravillosa vida de Roberto el Diabulo*—y en fin la «*Historia de Ricardo sin miedo*, duque de Normandía, hijo de Roberto el Diabulo, el cual por su valor fue rey de Inglaterra, é hizo varias conquistas, como se sabe por su historia.»

Las dos últimas historias de Roberto el Diabulo y Ricardo sin miedo forman una misma obra, casi como los poemas que han precedido al Orlando. Parecen de un mismo autor, y merecen de ver en ellas aquella honradez y simplicidad que en el siglo XVIII acreditaron tanto á los amores de Pedro el largo y de Blanca Nive.

Vamos al prólogo, como le llama el autor, de Roberto el Diabulo.

«Para evitar la ociosidad y desterrar la melancolía de vuestros corazones, gentes mundanas, abandonadas y entregadas á diversas locuras por falta de instrucción y por no tener pasatiempo alguno después de vuestras labores, considerad que en los tiempos pasados os ocupabais en diferentes juegos, porque no tenias abundancia de libros; por lo cual podéis ver en el presente libro bellas proezas, maravillosos hechos de armas, y portentos de la fe cristiana. Para hablaros con más extensión os diré la pura verdad, y es que en otro tiempo se hizo un libro como este que no contenia la cuarta parte de los hechos. Yo he trabajado tanto que he conseguido encontrar las verdaderas crónicas francesas, las cuales estan en San Dionisio en Francia, y segun el verdadero sentido de ellas he compuesto este bello libro. Por lo cual si encontráis algunos yerros, excusad al que lo ha copiado, porque nadie está exento de cometerlos. He puesto esta historia de verso en prosa, para que se diviertan muchos con ella, pues los entendimientos son de diferentes opiniones y gustos.»

En seguida empieza la terrible y maravillosa vida de Roberto el Diabulo.

«Preciso es que sepais que la Normandía tenia entonces por duque á un noble señor, llamado Huberto, valiente, atrevido y temeroso del Altísimo, y cuyos hechos de guerra refieren las antiguas crónicas.»

Se habia casado con la hija de Monseñor el duque de Borgoña.

Después de muchos años de matrimonio, áligido el duque de no tener sucesion, prometió en un momento de desesperacion que daría al diablo el primer hijo que tuviese. Roberto nació un año después de esta promesa.

Cuando nació aquel niño maldito, se cubrió el cielo de nubes, retumbó el trueno, las paredes del castillo se desmoronaron, y cada uno dijo el *Ya pecador*, creyendo que era llegado el fin del mundo.

Cuando estaba Roberto en mantillas mordía de tal modo el pecho á las nodrizas que se le ponian, que ninguna queria ya darle de mamar, y fue preciso servirle de un cuerno para alimentarlo. Cuando empezó á andar fue aun peor; sacudia á traicion, y llenaba de heridas á todos los pajes y criados; y cuando tuvo que aprender el santo evangelio y los preceptos de la religion,

mató de una cuchillada al fraile encargado de instruirle, diciendo al cadáver mientras le pisaba: «He aquí tu ciencia. Jamás sera mi maestro ningún fraile ni clérigo, y ahora te lo hago saber.» y no hubo en adelante maestro que se atreviese á enseñarlo.

Cuando Roberto tuvo diez y siete años se le armó caballero. Pero las santas ceremonias de la caballería no vencieron al carácter feroz de *Roberto el Diabólico*, sobrenombre que le había merecido su crueldad. Se conducía en los torneos como no lo hubiera hecho el último patán del ducado, y un vez de servirse de lanzas escotadas y de espada de cortesía, mataba vilmente á todos los caballeros mal aconsejados que se ponían á justar con él.

Entró en breve el deseo de viajar, y se puso á recorrer el ducado de su padre, haciendo por todas partes males todavía mayores que los que había hecho.

El despecho y la cólera sucedieron al dolor en el corazón del conde, y llevó gente armada para que de grado ó por fuerza le llevasen á su hijo; el terrible Roberto devolvió á su padre las bombas armadas con las manos cortadas y sacadas las ojos.

Entonces el duque Roberto pregonó á su hijo en el ducado, prometiendo grandes cantidades á quien le condujera preso. Pero Roberto el Diabólico no hizo mas que reírse, poniéndose al frente de una banda de hombres de tales clases como ladrones, asesinos, mendigos, salteadores, proscriptos y excomulgados, caudilla siempre dispuesta á hacer mal, y los mayores brilonos de sobre la tierra. Se deja conocer que ya no se atreverían á viajar por Normandía comerciantes ni peregrinos, y que la relación de los crímenes que diariamente cometían Roberto y sus suyos tenía asustados á todos. No se sabía como aguantaba Dios tantas crueldades de parte de Roberto y sus cómplices, enemigos del género humano. A todas horas quería comer y beber, no observando jamás la cuaresma, y comiendo carne los viernes como en los demás días.

En fin el cielo se apiadó del duque de Normandía y de sus infelices vasallos. Hallándose un día Roberto cerca de la ciudad de Argues, encontró á un pastor que le dijo que la duquesa su madre debía comer aquel día en el castillo. Contento con esta nueva, parte de prisa; pero cuando estuvo cerca del castillo, hombres, mujeres y niños huían como las abejas á la vista del lobo, retirándose unos á las casas, y refugiándose otros en las iglesias. Viendo Roberto que todos huían de él empezó á reflexionar, y se decía á sí propio llorando: «¡Gran Dios del paraíso! ¿por qué huyen todos de mí y nadie se atreve á acercarseme? ¿Yo soy el mas desgraciado de los hombres! ¿soy acaso algún malvado judío? ¡Ah! yo reconozco mis yerros, pido perdón de ellos á Dios, y debo detestar mi miserable vida.»

Ocupada así su imaginación se acerca al castillo, desmonta sin paje ni lacayo ninguno, deja el caballo á la puerta, desenvaina la espada, y se encamina á la sala en que estaba su madre la duquesa. Cuando ella le vió quedó toda sobrecogida, pero él la dijo: «Señora, no tengáis miedo: (porque quería huir como los demás) tranquilizaos y contad con mi palabra que no se os hará ningún mal.» Inmediatamente se acercó á ella y la dijo: «Señora, os suplico me digáis por qué soy yo tan malo y cruel: preciso es que esto proceda de vos ó de mi padre, yo os pido me digáis la verdad.»

La duquesa, asombrada de oír hablar así á Roberto, se echó á sus pies, le pide perdón, y le dice llorando: «Hijo mío, quitame la vida y pon fin á mis tormentos.» Esto lo decía, porque sabía bien que le había dado al diablo cuando nació. Roberto respondió: «¡Ah señora!

¿por qué he de haceros yo morir, despues que me habeis llevado nueve meses en vuestras entrañas? Antes me dejaria quemar á fuego lento.» La duquesa le contó entonces como le había dado al diablo, vituperándose por haber cometido semejante baja, y reputándose por la mas desdichada del mundo, faltando poco para que se desmayase. Roberto al oír explicarse de aquella manera á su madre, quedó tan penetrado de dolor, que cayó allí mismo sin sentido, y vuelto en sí dijo llorando: «Los diablos desean mi cuerpo y mi alma, pero yo quiero desde ahora abandonar todos los vicios y renunciar á las obras de Satán.» Rogó humildemente á su madre que le recomendara al duque su padre, diciéndole despues que quería ir á Roma á confesarse de todos sus pecados, y que no dormiria hasta haber cumplido este viage. «Mi padre, dijo, me ha desterrado de su país y me ha hecho diez guerra; pero esto no importa, porque yo no quiero atesorar bienes temporales, sino que estoy resuelto á trabajar en la salvación de mi alma.»

(Se concluid.)

EL CALAO.

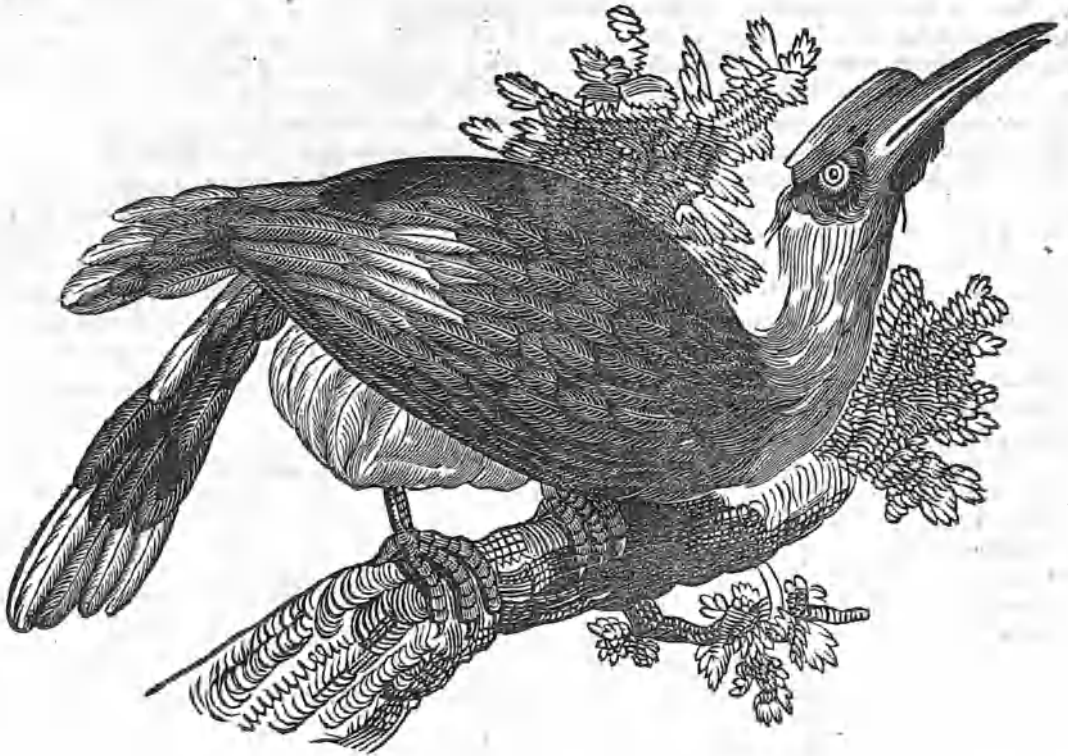
Los calaos, pájaros tan notables por la forma extraordinaria de sus picos, parecen exclusivos de las Indias y del Africa, y son conocidos tambien bajo el nombre de pájaros rinocerontes. Seméjase á los cuernos por su vuelo y hábitos; los pies tienen analogía con los del *martín pescador*; y su enorme pico añadido las mas veces con prominencias tan grandes como él, viene á ser semejante al del pájaro conocido con el nombre de *Tucán*. La forma de estas esferencias varía segun la edad, y solo gradualmente adquieren estas dimensiones extraordinarias que han servido despues para clasificarlos en distintas especies; lo cual sin embargo suele inducir á los naturalistas en varios errores. La substancia del pico, que en la primera edad es muy consistente, se vuelve mas ligera á medida que se opera en sus poros la especie de ventilación que le dilata prestando mayor volumen al casco. Nitche ha averiguado que las cavidades del pico y del casco estaban abiertas á la respiración pulmonar, lo cual da consistencia á la substancia de estas partes haciéndolas mas vidriosas y secas.

Los calaos son tristes y taciturnos, su vuelo es pesado y el batido de sus alas y el choque de sus mandíbulas los hace reconocer de muy lejos. En su viage á las islas de Timor, Rawak, Boni, etc. los señores Quoy y Gaimard vieron calaos en la cima de los árboles sobre todo en los nogales, cuyos frutos tragan enteros, y de cuyo alimento resulta un excelente gusto á la carne de este pájaro.

El calao es un vivo ejemplo de lo que influyen los países en las costumbres de los animales. En Asia rodeado de frutos, se limita á esta clase de alimento al paso que en los desiertos del Africa se mantiene con la carne de los cadáveres; sigue el rastro de los cazadores para comer los desperdicios de las presas que estos arrojan, y á falta de otra cosa hace la guerra á las ratas y otros animales pequeños. A esta costumbre debe el que los indios le haya adoptado como animal doméstico, y que le conserven y mantengan con el mismo objeto que los europeos cuidan á los gatos.

Se divide el género de los calaos en dos distintas especies; el *calao de casco*, (que es el que representa la lámina) y el que no le tiene; además ya hemos dicho que

los naturalistas hacen otra multitud de subdivisiones según la forma de la prominencia que denota la edad y el sexo de cada individuo.



(El Calao.)

AVISO A LOS ALBÉITARES.

APÓLOGO.

En el año treinta y tres
Pasado ya el mes de Agosto,
En que la uva se hace mosto
Para ser vino despues,
Ocurrió en cierto lugar
Que se llama la Membrilla,
(Mas pienso que ha de ser vill.)
Un caso muy singular.
Era una tarde serena,
Pero tarde de calor;
Y con polvo y mal humor,
Entre una inmensa cadena
De presos, que custodiaban
Dos hileras de soldados,
Vi venir despues montados
Los gefes que la mandaban.
Un teniente coronel,
Que es el héroe de esta historia,
Me recuerda mi memoria
Que fue casado en Teruel.
Con estensa pierna enjuta
Y seco semblante añejo,
Refrenaba el caballo
Que le servia en su ruta.

Su cara apergaminada
Propia era de encargos tales;
Su gesto y genio señales
De no valer para nada.
Su mujer, que era tan blanca
Como estremeña morcilla,
En una januguisilla
Posaba tranquila el anca.
Su cabalgadura era
Rollizo y grave pollino,
Barroso un tanto, mohino,
Y velludo en gran manera.
Su estatura regular,
En los ojos leves paños,
Edad, sobre unos tres años,
El rabo á todo esquilar.
Animal sin parentela,
Muy sufrido, y no ligero;
Y en cuanto á estado, soltero
Dijo estar, la coronela.
Pues con este lindo encuentro
A la Membrilla llegaron,
Y á los dos los alojaron
En una casa del centro.
Era casa de señores
Ricos, y de poderío,
Con diez atos de cabrío,
Perros, burros y pastores;
Ganado churro, merino,
Sin cuento mulas y yeguas,

Dehesas de muchas leguas
 Y mil reses de tocino.
 Pero la noche llegó
 Y mis gefes se acostaron;
 Si durmieron ó velaron
 No puedo decirlo yo.
 Sucedió al siguiente día
 Qué en la casa de que hablo,
 Quiso Dios ó quiso el diablo
 Le diese una pulmonía
 A un asno de los mejores
 De que llevo hecha mención,
 Que allí estaba en ocasion
 De enviar pan á los pastores.
 Al verle tan agitado
 Notando que no comía,
 Ni aun de harina agua bebía,
 Se le dió por resfriado.
 Y con suma diligencia
 Para interrumpir el mal,
 Llamaron á un mariscal,
 Que era cargo de conciencia.
 No pasaron diez minutos,
 Cuando el mariscal maestro
 De docto echándela y diestro,
 Tomó el pulso á entrambos brutos.
 «Marcado está el aforismo!
 Exclamó lleno de gozo,
 Friegas con agua del pozo
 Y en la cruz un sinapismo.
 Que ahora voy por la herramienta
 Para sangrarlo al instante;
 Si es un caso fulminante,
 ¿No mirais cual se retienta?»
 El animal en cuestion
 Ni pie ni mano movía:
 Ya se vé, si él pretendía
 Del-bueno la curacion.
 A su pesar un criado
 Del lábio agarró el acial,
 Que no era aquel animal
 El que lo puso en cuidado.
 «Qué nos importa, decía
 A sus cuatro compañeros,
 Que el veterinario Herreros
 Se obstine con tal porfia
 En curar á un burro bueno
 O matar á un burro sano?
 La medicina es en vano
 O tal vez será un veneno.»
 El albeitar sin temor
 Revisó su visturí,
 Y á la voz de «mozo aquí»
 No encontró competidor.
 Uno de ellos sin embargo
 Llamado Remigio Arias,
 Le hizo reflexiones varias
 Y hasta de su muerte cargo.
 Pero el profesor tan luego
 Que se vió reconvenido,
 Como toro enfurecido
 Con banderillas de fuego,
 Dió tres vueltas al corral
 Repitiendo «estulto, necio,
 Te perdono y te desprecio,
 Porque á mí no eres igual.
 Si ahora mismo aquí se hallára
 Todo el protoalbeiterato,
 Ni mejor ni tan barato

Juro á Dios que lo curára.
 ¿Qué me puedes advertir
 Con tu dictámen insulso?
 ¿No me lo indica su pulso?
 ¿He de dejarlo morir?
 El peritóneo mucoso
 Con tanta serosidad,
 Y la tumoresidad
 Del cartilago fibroso,
 El abdomen ulcerado,
 La carotida sin curso,
 Las vertebras.... no hay recurso,
 Me dicen que sea sangrado.»
 Le picó, dando salida
 Por cerca de media hora
 A aquella sangre traidora
 Que amenazaba á su vida.
 El otro burro entre tanto
 Silencioso, se quejaba
 Del mal que le preparaba
 Su final mayor quebranto.
 Que á decir verdad, me inclino
 Firmemente á asegurar,
 Que no le gana á callar
 Ningun viviente, al pollino.
 De marchar llegó el instante,
 Y el coronel con su esposa,
 No esperaban otra cosa
 Que su burro y rocinante.
 Y estando los asistentes
 Metidos en el portal
 Cinchando el triste animal,
 Dijo el gefe al uno, «Fuentes?
 Este alfiler que aquí veo
 Y esta cerda, quién la ha puesto?
 Es una burla, ó qué es-esto?
 Lo estoy viendo y no lo creo.
 El Patrón.... ¿Aquí fue Troya!
 So pena de que mi espada
 Le pas: de una estocada,
 Me ha de esplicar la tramoya.
 Quién ha prevenido aquí
 Se sangre una bestia mia?
 Esta es una alevosía
 Que no ha de quedar así.»
 Y uñas arriba y abajo
 Con su vetusto donaire,
 Daba mil cortes al aire
 Y estocadas á destajo.
 Hasta que el patron, paisano,
 Presumiendo, no malicia,
 Sino un golpe de pericia
 De veterinica mano,
 «Cálmese, mi coronel,
 Le repuso en altas voces,
 Quizá será un par de coces
 De algun albeitar novel.»
 —Y si mi esposa se queda
 A pie en medio del camino?
 —Se eviccionará el pollino
 En lo que mas valer pueda.»
 Así fue. Bien informados
 Entrambos de cuanto había,
 Peritos de albeitería
 Hasta tres fueron nombrados.
 Que en decir verdad, seguros
 Segun su saber y escrito,
 Al sangrado animalito
 Tasaron en veinte duros.

¡Mas qué paso el suyo aquel!
Temblábale pata y mano,
Como suele en el verano
Temblar la hoja en el vergel.
Marchó el militar, señores,
Y á poco se oyó decir,
Que acababa de morir
El burro de los pastores.
La pulmonía dejó
Su existencia carcomida,
Y pasando á mejor vida
La cuadra desalojó.
A los tres días cavales
Su dueño recibió aviso
De la justicia del Viso
Para dar quinientos reales,
Que de aprecio y de derechos
De la evicción resultó.
También el otro murió
Y debían ser satisfechos.

¿Quién se fia á la verdad
de ignorancia tan subida,
Que al bueno dejó sin vida
Y al malo su enfermedad?
Quien tiene en saber jactancia
Siempre es el que mas ignora,
Que le llega al fin la hora
De mostrarlo, su ignorancia.
Así hay médicos que afligen,
Mariscales y ministros
Que trocando los registros
Matan mucho y no corrigen.

Francisco Gonzalez Elipe.

VIAJES.

LA CATARATA DEL NIÁGARA.

Es cosa singular que aun despues que la variacion de las costumbres y las vicisitudes de los tiempos han dado impulso entre los españoles á la afición ó la necesidad de los viajes, sean tan pocos los que á su regreso á la patria se determinen á publicar sus observaciones en otros países, haciendo así partícipes á sus conciudadanos de las gratas sensaciones que en ellos pudieron recibir.

Ridícula es por cierto la ligereza con que muchos extranjeros en caso semejante se atreven á improvisar descripciones y juicios de países que apenas pisaron ó que vieron siempre con una prevención exagerada; pero entre este extremo, y el de tener suficiente indolencia para no despegar los labios despues de largos años de peregrinacion, hay aquel término medio que aconsejan, la prudencia y el amor bien entendido de la patria, á la cual todos debemos el resultado de nuestra propia experiencia.

Entre los pocos que penetrados de esta verdad han llegado entre nosotros á realizarla, merece honorífica distincion el Sr. D. Ramon de la Sagra, que conducido por las vicisitudes de los tiempos al otro lado del Océano ha sabido aprovechar en beneficio patrio el cúmulo de ob-

servaciones interesantes que su claro ingenio y su estudioso celo le ha sugerido á la vista de una sociedad tan diversa de la nuestra.

La obra que ha publicado dicho Sr. bajo el título de *Cinco meses en los Estados-Unidos de la América del Norte* es acaso la única que en este género puede ofrecer la España en el presente siglo á la consideracion de la Europa, y ha valido á su autor no solo los honores de la traduccion en varios idiomas, sino tambien las felicitaciones de los cuerpos científicos, y el aprecio de los hombres distinguidos de todos los países cultos.

Los numerosos é importantes datos estadísticos recogidos en esta obra, la hacen sobremanera interesante y dan á conocer la estudiosa laboriosidad de su autor; las infinitas consideraciones económicas y administrativas que contiene; el cuadro exacto y metódico de los países, de los establecimientos públicos y de las costumbres populares; el estilo en fin animado y fácil; todo se reúne en esta obra para hacerla mas apreciable y propia á cumplir su objeto de instruir deleitando.

Felicitemos sinceramente al Sr. La Sagra por su esmerado trabajo; y queriendo hacer de él el mas cumplido elogio y dar al paso á nuestros lectores una idea del estilo de esta obra, nada nos parece mas propio que ceder aquí la pluma al autor para dejarle expresar sus sensaciones á la vista de la maravilla del Nuevo Mundo, de la *Catarata del Niágara*.

«Niágara 31 de julio de 1855.»

«He establecido mi mesa en la misma galería del hotel que domina la catarata, de manera que escribo á su vista y casi envuelto en sus vapores matinales. Este cuadro inmenso llena toda mi existencia actual, y apenas tengo recuerdos. La sociedad, los hombres, sus maquinaciones, sus intrigas, sus cálculos, sus esperanzas, todo me parece pequeño y despreciable, y creo que hasta debe hacerse llevadera aquí la misma idea del infortunio. Una vaga sensacion ofrece á mi alma absorta un confuso cuadro de mi pasada existencia, de mis sinsabores, de mis disgustos, de las mil contrariedades que he sufrido. En otras ocasiones en que semejante memoria me ocurría, mi sangre se sublevaba contra la injusticia de los hombres, su ingratitude y su perfidia; mas ahora se me presenta como un sueño, de cuya realidad apenas puedo convencerme. Mi espíritu está tranquilo, y los crueles recuerdos que antes me exaltaban, se desvanecen como los vapores que se elevan del fondo de ese precipicio: espero que mi vida se deslizará en lo sucesivo con la misma suavidad que las aguas del Niágara, tan agitadas y commovidas en el despeño, y que fuera ya del torrente y de los remolinos, seguirá el curso apacible del pacífico cauce... ¡Catarata imponente, yo te bendigo! ¡A tu influjo debo el conocimiento de la pequeñez de las penas que nos afligen, y mis enemigos el perdón y un sempiterno olvido de sus perfidias!!!

Al contemplar esta inmensa mole de aguas, despeñándose en la frontera de un pueblo feliz que debe á este elemento su prosperidad y sus prodigios, me ocurre considerarla como un Dios, para la nacion americana. La antigüedad le hubiera erigido templos suntuosos, y sus sacerdotes hubieran consultado como oráculos sagrados su inmensa mole, su estrepitoso despeño y la forma de sus vapores. Pero el americano, mas industrioso y menos entusiasta, aprovecha el curso de las aguas, sus caídas y depósitos naturales; la conduce en canales y acueductos uniendo por su medio regiones distantes; y no contento con dominarla en la forma líquida, la transforma en vapor, reemplaza con ella la potencia animada, y por su

ayuda vence todos los obstáculos y atraviesa las mayores distancias con la velocidad de las aves.

Al echar una ojeada sobre el mapa actual de los Estados Unidos, no puede contenerse el asombro al ver el inmenso número de canales, de ríos navegables y de caminos de hierro que se cruzan en todas direcciones. Miles de máquinas en movimiento corren las cascadas, sobre las montañas, surcan las aguas, conduciendo la civilización y la riqueza: la materia bruta, sometida á la fuerza del vapor, recibe formas maravillosas, desenvolviendo así una industria rival de la europea. Las comarcas elevadas del norte y del oeste envían sus ricos productos á las costas del Atlántico y del seno Mejicano por sus ríos diferentes; y á toda esta escena de vida industrial, favorecida por el agua, preside ella misma en el sublime templo de Niágara. Correspondía solo á esta nación de prodigios el poseer en sus fronteras la primera maravilla del mundo!

He conocido al almuerzo á un artista inglés, Mr. Daniel Tomas Egerton, que permaneció seis años en Nueva España, y que lleva á su país una rica cartera de vistas del Nuevo Mundo. Me invitó á que pasase á su cuarto, donde tuve mucha satisfacción en ver sus correctos dibujos y sus animadas pinturas. Había entre estas varios bosquejos de la catarata del Niágara, los mejores que he visto, sin que por esto ofrecan un traslado fiel de la verdad: el mismo Mr. Egerton conviene conmigo en la imposibilidad de presentar este todo inmenso en un solo cuadro. Quizás el arte del panorama será algún día mas feliz.

Entre los diseños hizo uno de la entrada ó paso bajo la catarata, que por ser limitado ó concretado á una parte sola de la grande escena, me pareció bien trasladada. Con este motivo me decidí á recibir la noche y fuerte impresión que me imaginaba del tránsito al paso por debajo de la masa de aguas que forma la cascada. Al medio día nos dirigimos allá. Es una cascata situada en la orilla del río nos desnudamos y proveímos de vestidos de piel, propios para el caso, y descendimos por una pésima escalera, al cance por donde corrian las aguas aguiadas después de la caída. Desde allí, arillando el escarpado, caminamos al boqueron que forma de un lado la roca y del otro las aguas, desmenuadas y separadas de ella un gran trecho, por la cresta avanzada que presenta en el borde. El aire, comprimido por el terrible choque de aquella masa líquida, sale mezclado á una densa lluvia en forma de remolinos, y con tal violencia que detiene la respiración. Con el pecho oprimido y los ojos cerrados, por la cantidad que de ella nos inundaba, seguimos á tientas nuestro camino, agarrándonos de las escabrosidades de la roca, para no caer en el abismo donde se sepulta la catarata. El ruido era tan estrépitoso, que no podíamos oír las pocas palabras que el chachellino de viento y agua en que estábamos nos permitían articular. Intenté abrir los ojos para reconocer aquella singular galería, y quedé absorto con la escena de confusión que me ofrecía. Desde una altura, cuyo origen no alcanzaba, se desprendía una montaña de aguas, que por su inmenso espesor, apenas dejaba paso á la luz del sol. Á mis pies, un precipicio insondable tragaba á aquel mar vertical, y le lanzaba en parte, bajo la forma de remolinos y arroyos ascendentes de agua y de espumas. El choque desprendía un viento impetuoso acompañado de un silbido sin fin, que se repetía en la concavidad de la bóveda, donde giraban y corrian ráfagas de lluvia semejante al granizo, antes de salir en tumulto por la boca de la caverna. Esta rara complicación de sonidos, el singular aspecto de los rayos de luz vacilante que á veces penetraba para dejar percibir, de una manera indefinible, las aguas en su despe-

ño; esta atmósfera tan fuertemente conmovida, bajo una bóveda formada por una roca vertical y un mar despeñado de su cima, ofreciendo una verdadera imagen del caos, produjeron en mi alma una impresión tan nueva, tan fuerte y tan intensa, que no olvidaré jamás. Creí hallarme caminando á la eternidad misteriosa, en medio de las ruinas del mundo, sin que el disgusto, el temor, ni ninguna pasión se apoderasen de mí un solo instante. La memoria de este gran sacudimiento físico se unió siempre en mi imaginación á la de una nueva época en mi existencia moral, determinada por mi viaje á los Estados Unidos.

Niágara 1.º de agosto.

La casualidad me depará hoy una escena de notable sencillez, para hacer contraste á las grandes y sublimes impresiones que este parage me ha procurado. Paseaba yo por el camino de la llanura que sigue paralelamente al río, y que á una milla de la posada atraviesa un bosque frondoso. En su orilla percibí una habitación de forma singular, cual no creí que existiese en parte alguna. El todo tenia la figura de un coche, el techo era semejante á un tinglado, y el fondo á una balsa ó botecillo. Cuatro pequeñas ruedas separaban del suelo esta vivienda original. A corta distancia un hombre trabajaba arrojado á un árbol en construir barriles; su traje y su semblante manifestaban el infortunio y la resignación. Me acerqué á él saludándole; me contestó con amabilidad, y viéndome interesado en su suerte me refirió su historia. Era un francés ayeciadado en Montreal, donde vivía del fruto de su trabajo como tonelero; pero la concurrencia estramada de emigrados irlandeses fue disminuyendo poco á poco el precio y la demanda de sus barriles. Al mismo tiempo una buena acción causó la ruina de su pequeña propiedad, hipotecada en favor de un amigo desgraciado. En tal situación, privado de recursos y esperanzas, reunió las herramientas que le quedaban, y construyó con ellas la casita que teníamos á la vista, ideada para navegar y para ser trasportada por los caninos. Terminada su obra, se metió en ella con su mujer y su hija, y remontando la corriente del río San Lorenzo, entraron en el lago Ontario, cuyas aguas atravesaron del mismo modo, hasta el fuerte George á la desembocadura del Niágara. Allí alquiló cuatro bueyes para subir la cuesta, y continuando algunas millas el camino, paralelamente al río, fijó su residencia en el bosque, porque la falta total de recursos para embvenir al viaje le impedía continuarle. Por otra parte añadió sonriéndose: «lo mismo era para mí este que otro parage, porque cuando partí de Montreal no sabia adonde dirigirme, oy la Providencia fue la que aquí me condujo. Saqué mis herramientas, establecí mi banco al pie de este árbol, y con unos trozos de madera y unas arcos que habia salvado, me puse á construir dos cubos que pude vender en el acto. Así empecé hace ocho dias, y gracias á Dios la obra no falta. En cada cubeto gano dos chelines, y puedo hacer cómodamente tres en cada día.» Mientras que pronunciaba estas palabras el emigrado, volví la cabeza hácia la casita, y vi á su mujer muy robusta y misuca, que me saludó con dulzura. «Usted oyó, señor, nuestra triste historia, me dijo, pero gracias á Dios no nos faltó su pan.» Al mismo tiempo una niña como de cinco años, bella cual el amor, bajó la escalerita y se acercó á su padre. Cariñosa y amable como la inocencia infantil, se me hacia á la vez triste é interesante su vista, considerándola expuesta á la miseria y al infortunio. Pero felizmente esta idea no afligía el corazón de sus padres. Me convidaron á entrar y á que participase de su humilde almuerzo. Esta invitación excitó en



mi alma un tumulto de ideas, y juró que primero me hubiera negado á la mesa de un monarca, que á la de aquel hombre resignado y contento en medio de las privaciones. Cogi de la mano á la preciosa niña, subí los cinco pasos de la escalera aplicada exteriormente á una pequesísima puerta, y entré en la casita, donde estaba la mesa puesta con el mayor asseo. Dos solos platos de carne y patatas, un enorme pan y un jarro de agua componían todo el servicio. Observé el carácter de aquel matrimonio; les hice diversas preguntas; me entretuve con la niña, y á medida que adelantaba en mis observaciones, una idea empezó á ocurrirme, primero vaga, luego mas determinada y clara, y al fin el convencimiento íntimo, cual le tengo de mi propio ser, que aquella miserable choza moviente, como arrojada por el infortunio en un bosque desierto del Canadá á las márgenes del Niágara, era el santo albergue de la ventura conyugal. ¡Y en qué parage, gran Dios, se me ofrecía semejante ejemplo! Cercano á un prodigio de la naturaleza, cuya inmensidad me había hecho conocer la pequeñez de las penas humanas, la misma me presentaba, bajo el aspecto de la miseria y rodeada de los atributos del infortunio, la única felicidad real á que el hombre debe aspirar sobre la tierra. ¡Providencia inefable! exclamé en lo interior de mi corazón; concédes la paz del alma, la resignación á las desgracias, la imprevisión por las fatales consecuencias de la miseria, los puros goces del amor y de la ternura filial, al hombre sencillo y obscuro que

lanzado por la desgracia establece entre los árboles su nido como las aves; y derramas el tedio, la inquietud, la azarosa ambición en el corazón del opulento, haciendo de su palacio la morada del egoísmo, del odio y de la perfidia!

El feliz matrimonio me explicó despues como habían verificado su navegacion por el lago Ontario. Las ruedas y la escalera se guardan en lo interior; el timon y otro palo semejante se montan sobre el techo para llevar las velas que cuida el marido; la mujer da las disposiciones necesarias á la niña que hace la cocina, y dirige desde adentro, por las dos ventanitas laterales, las cuerdas del timon. Esta singular máquina no tiene mas de quince pies de largo y seis de ancho, dividida en dos aposentos interiores por un lienzo que separa la cámara de la cocina y del comedor, y bajo el piso hay un espacio para guardar las provisiones, las herramientas, el velamen y cuerdas, cuando no navega.

De regreso al hotel, hice con dolor los preparativos para nuestra partida. Permaneciera aqui tres ó cuatro meses, dando á mi alma el sabroso alimento de sensaciones fuertes; pero no me es posible prescindir de mis deberes de empleado español. Digo pues adios á la catarata del Niágara, con los ojos bañados en lágrimas, porque la amo como al amigo de mi corazón que me dió sublimes lecciones, proporcionándome goces puros, suavizando mis sentimientos, y derramando en mi alma el bálsamo de la paz.



(Casita ambulante, en los Fetados Unidos.)